Cuadernos de un Solitario

LA CALLE SOLITARIA

Yo, Mambruno, ¿ya me conocéis?, me he creído, unas veces, romántico, otras, últimamente, impresionista, por este amor mío a la realidad embrujada de luz. Solamente en el corazón de la naturaleza se halla Mambruno a sí mismo.

Mambruno escribe, escribe, pero sabe bien que lo que importa es la actitud, pues toda vocación es interminable como la misma vida. Escribir, pero sólo de lo que se ama, cuando lo vivido ha pasado a ser sangre nuestra y circula por las venas de nuestra alma. Sinceridad, si no, silencio; huir de toda ficción, mejor, delicadeza de solitario.

Hoy pasea Mambruno, como otros días, por estas calles de la ciudad donde el destino le hace vivir. Once de la mañana cuando atraviesa esta calle verdinosa y sola. Arboles en verde soledad, troncos verdeantes y un verdor tembloroso de enredaderas asomando por las tapias. Mambruno quisiera captar el alma tierna y verdecida de esta calle. Contemplándola siente como si la primavera empujara a su corazón verdecido también hacia arriba, hacia este cielo de suave trasparencia, manchado levísimamente por unas nubes blancas.

LO MISMO

Como todos los días, el paso a nivel, y allá, verdor, nubes y tejados rojizos; acá, hierro negro y retorcido, la estación y el jadear humoso de una locomotora; enfrente, lilas moradas en las verjas del hospital; detrás, la casilla y un hombre, mugre y tizne, barba hirsuta y ojos soñolientos.

Cruzan las gentes con esa impasibilidad sufriente de la pobreza. Son rostros conocidos, casi familiares, de seres, sin embargo, con los que nunca habló.

Ahora, tan rubia y tan alta, y ya algo madura, esta mujer. Miran sus ojos con una resignación cansada, y al fijarse en Mambruno relampaguean con un brillo azul de esperanza.

Las dos de la tarde, minuto más o menos, y los dos, durante un día, un mes, un año, sin hablarse, sin saludarse, entendiéndose solamente con los ojos.

Lo mismo, siempre. El mismo paso a nivel: carbón, hierro, humo y el mismo racimo rubio de hermosura, ella, al pasar.....

LA ALEGRIA DE JUAN

Juan, el hijo de Mambruno, pelo castaño, veteado de rubio, frequillo lacio, caído sobre la frente, cara pálida, ojos grandes, claros e ingenuos.

Torso ancho para su edad, seis años; es ágil, desenvuelto, seguro de sí mismo.

Su instinto puede más que su voluntad, y corre, salta, brinca, dice cosas graciosas o arma gresca con sus hermanas.

Su risa sonora y fresca alboroza el corazón de Mambruno.

Juan no recela de nada ni de nadie; se entrega todo entero; por él se hace crédula y niña la alegría.

GORRIONES

El plumaje lluvioso, vivaces y pardos, pían los gorriones. La copa verdecida del árbol del jardín tiembla de píos. Gorriones escarban, picotean la tierra, vuelan, saltan, revuelan, brillan de picardía sus ojillos. Niñas de negros uniformes, con bandas azules, corretean por el patio del colegio. Mary-Blanca, la menor, ha asomado la rizada negrura de su cabecita y le ha sonreido con sus ojazos negros. Mary-Carmen, su hija mayor, le ha saludado con la inteligencia clara de su mirar.

Las seis en punto de la tarde. Pronto saldrán.

Mambruno vuelve a fijarse en el bullir de los gorriones; giran rápidos en torno al tronco húmedo; resbala por el pico de uno de ellos una gotita de agua que cae de una hoja verde; el alma de Mambruno siente la misma ansia de vida que estos gorriones y se contagia de su misma revoloteante alegría.

EL PARALITICO

Mambruno se arrima al pretil del río, mira al agua, la oye borbollear espumosa y sueña en otros días fugaces como este agua que ahora pasa. Sol primaveral, todo reverdece y brilla, hojillas nacientes aún temblorosas, hierba menuda, brizna sutil, niños alborozados que juegan, brincan o corren; sucesión, blanca, amarilla, grana o azul, de raudos vestidos. Como otro niño más salta la alegría, y los niños, persiguiéndola, ríen, zarandeándola de las trenzas.

Sigue alegre también Mambruno, pero al pasar ve unos ojos desorbitados que le observan: un hombre canoso sentado en el pretil; cerca ya de él, una mano ase tenaz la izquierda de Mambruno, gesticulando, con la cara rugosa y casi impávida; Mambruno, confuso, le mira e intenta recordar, y, al fin, cae: «Es Capilla, el ebanista». Y lo va recordando: activo, sanguíneo, lleno de vida, con aquella su vivacidad de ardilla. Hace una mueca contraída y dolorosa con el rostro como indicando a Mambruno su estado. Debe sufrir mucho, cadáver en vida. Mambruno no sabe qué hablarle, su corazón se revuelve conmovido y atónito y por fin estruja la mano fría, lánguida, muerta, de Capilla, con la suya vigorosa y fuerte, y se va, solo como siempre, pero más hombre ahora que nunca.

SEÑOR DOMINGO

Sentado en una silla, frente a un vasito de claro, bermeja la tez y translúcida de venas azulosas, ganchuda, colorada, la nariz; un pitillo, en la boca desdentada; la visera de la gorra como celando la malicia chispeante de los ojuelos, el señor Domingo, obrero impresor jubilado, vivía de comerse unos dinerillos.

Al entrar, Mambruno lo veía y solía invitarle a beber.

— ¿Qué hace usted? — le decía, luego, por hablar algo.

— Ya ve usted — respondía, invariablemente, el señor Domingo —, haciendo hora de comer.

— ¿Es temprano aún?

— Sí, señor; yo tengo en el estómago un reloj; él me avisa a la una y media en punto.

Después callaban los dos y bebían silenciosos.

Hoy, como no le vió, preguntó por él. «Se ha muerto. El martes lo enterraron», respondió, secamente, el tabernero. Mambruno echó una mirada a la silla vacía, bebió y se fué, recordándolo conmovido.

EL ANTICUARIO

Mambruno gusta departir con él, pues Leoncio es leal, afectuoso y bueno como el pan, este pan de Castilla, dorado, coruscante y sabroso. Leoncio vive entre cacharros y muebles viejos, pero entre tanta antigüedad polvorienta, brilla el oro de su limpio corazón.

Hay, en el salón destartalado y enorme, camas, cunas, armarios, sillas, lámparas, jarrones de porcelana, platos esmaltados, espejos, cornucopias áureas; en los muros penden, roídos de humedad, óleos verdosos, casi negruzcos, acuarelas desteñidas, encima una capa de polvo, de un polvo que se filtra invisible. Alguien, sin embargo, cela intacta el alma de estas cosas antiguas, bien es en los nudos ardorosos de la madera, en el fondo vibrador del vidrio, en el centro frío del metal, un orbe polvoriento, forjado con tiempo, desilusión y olvido.

EL ENTIERRO

Tuvo que ir al entierro, ser uno más en aquel acto de fúnebre vanidad.

Delante, el duelo; los acompañantes, detrás; él, junto a un cualquiera, sin saber de qué hablar.

Paró el coche mortuorio; el párroco, dalmática amarilla y cruz blanca, tez morena, espesas cejas negras, voz de tumba, entonó un responso.

El sol de las cinco, implacable, abrasador, sobre las testas desnudas. Hervían en las frentes sudorosas gotas de latín y sol. El cura insistía en sus preces, grave, monótono. En los oídos de Mambruno parecía como si zumbara el abejorro negro de la eternidad.

GODOFREDO

Con sus setenta años y pico, en pleno invierno, Godofredo va a cuerpo. Vivaz, pequeñito, algo encorvado, plateada la cabeza, bien alineados los helgados dientes amarillos, un velo de tristeza recubre su faz rugosa. Viejo amigo de Mambruno, cuando éste le pregunta, dice:

— Ya ve usted, a la biblioteca, como siempre.

— ¿No se cansa usted?

— Pues no, ¿por qué?

— Qué se yo, tantos años.....

— Cincuenta, sin holgar un domingo, en la biblioteca del «Salón».

Mambruno se acuerda de esa biblioteca, a la que hace años que no va, y en donde han transcurrido en soñadora, deleitosa lectura, muchas horas de su vida. Aún golpea en su corazón, como entonces, la palabra suave de Gedofredo, y qué prontitud en hallar los libros, qué delicado amor por ellos.

Vuelve a preguntarle:

— Poco lector, no es como antaño, ¿verdad?

Contesta:

— Ahora, con el cine, con el fútbol, apenas si se lee. Son otros tiempos.

— ¿Usted cree?

— Sí, cambia todo.

— Es el hombre el que varía—termina diciendo Mambruno, en tanto aprieta, cálida, afectuosamente, la mano de Godofredo.

VILLALON

Con su amigo Sabino, como todos los domingos, Mambruno ha salido al campo. Es una mañana áspera y gris de otoño; al caminar, se opone, a frías ráfagas, heridor, el viento.

Al pasar por la barriada obrera, aspiran el olor acre de la seda artificial que, desde la fábrica cercana, trae el viento hasta aquí.

Después de andar un largo rato, ya se divisa el páramo, otras veces cárdeno y sombrío, en este instante irradia una claridad deslumbradora.

Atraviesan ahora un llano de un verdor dorado, en donde hay un rebaño de ovejas, apelotonadas, pastando; cerca, el pastor, bajo un olmo pinchudo, envuelto en una manta; al fondo, chopos entredorados; las hojas amarillean y crujen desgajadas al tirón del viento otoñal.

Debajo del páramo ocre y desnudo, el pueblo, Villalón.

Entran en Villalón empujados por el viento. Villalón es pobre y feo; las calles, fangosas; las casas de piedra, salpicadas de barro.

Villalón tiene el interés que le presta la vida a todo lo creado.

La taberna, el techo bajo y ahumado, suelo de guijarros, bancos y mesas de madera, la pana burda de los trajes campesinos y unas miradas hoscas, recelosas, pero alguna de esas miradas es noble, brilla con esa dignidad nacida de la continua contemplación de la tierra.

Buen sabor el del clarete en este porrón de cristal; blandas y amar-

gas, las aceitunas; sabroso, el pan moreno, y seco y nudoso, el chorizo, de una rojez negruzca.

En una mesa se juega al dominó; al fondo, una estufa caldea la atmósfera humosa de tabaco.

Salen Sabino y Mambruno; atraviesan el lodo de las calles; una gallina cruza, escapada, suelta; sopla un norte helador, ahora de espaldas; detrás, un montón de techumbres rojizas, Villalón, y arriba, la luz amarillenta del páramo.

LA BICICLETA

Enjuto, casi seco, rizada la canosa pelambrera, tersa la piel, bronceada por el aire frío, Agustín toca el timbre, deja el paquete y escapa rápido hacia su bicicleta.

Pero hoy abrió Mambruno, y le dijo:

— Espere. Sólo un momento.

— Tengo abajo la bicicleta.

— Ya lo sé, pero es que le veo a usted desde hace varios días tan triste.

— Sí, es natural.....

— ¿Muchos encargos que llevar?

— Cuesta mucho subir y bajar escaleras, y todo para mal comer.

— Yo creía.....

— Ni aun casa. Tenía un cuarto con derecho a cocina con mi familia, somos cuatro, pero me acaban de echar, ayer mismo.

— ¿No hay modo de arreglarlo?

— Ca, sólo la muerte arregla la vida de los pobres. Cuatro tablas, lo justo para la caja—acaba diciendo Agustín. Y se lanza luego, escaleras abajo, hacia su bicicleta. Mambruno, desde su balcón, lo ve correr, inclinado, agobiado, sobre su corcel de níquel, su alada bicicleta.

EL MUDO

Mambruno se tropieza en la calle al «Mudo», y éste, al verlo, le saluda, le abraza, cariñoso.

«El Mudo» acaba de salir del hospital, se amputó dos dedos con un hacha cuando hacía astillas para la calefacción.

Es de estatura baja, cabeza enorme de enano, cara fea, terrosa, boca grande y labios gruesos, los ojos muy vivos y lucientes. «El Mudo» es

hospiciano, no tiene a nadie, no se le conoce familia alguna. Habla mediante gestos, que Mambruno comprende a medias; cuando no le entiende se queda con los ojos fijos, como desolado, arruga el rostro en una mueca triste y coge con ambas manos la de Mambruno.

Esta misma tarde ha vuelto a ver al «Mudo», pero éste disimuló, fingió no verle, volvió la cabeza hacia el otro lado, llevaba una carretilla y encima tres ataúdes de una madera basta, de una negrura desteñida.

Empujaba la carretilla con disgusto, un tachón angustioso contraía su faz, iba tras los ataúdes, obligado oficiante de la muerte, impulsado por el viento norte desapacible y frío.

ROQUE

Roque barre las escaleras envuelto en una nube de polvo. Distiende el cuello, largo y pelado como de avestruz, contrae la boca pequeña, pliega, rugosa, la cara, menea las orejas simiescas, atisba con sus ojillos grises y vivos, encuadrados bajo el espesor canoso de las cejas, se quita la azul boinilla grasienta y se rasca la pelambrera blanca, escasos pelos plateados en la cabeza calva y puntiaguda.

— Catorce de familia, t dos en estas dos habitaciones y cocina del sótano, ¿ve usted la rendija tapada con tela metálica?, y, contentos, pues aún hay cinco dedos para trabajar.

Roque deja la escoba en la puerta, y, en voz alta, con su lengua torpona, sigue contando a Mambruno:

— Treinta años de obrero en la fábrica de gas; ahora, por un duro, al día, saco al ciego, a don León, a pasear todas las tardes, hasta el anochecer; veinte años llevo en este sótano, pero a dos pasos está la ribera del río con su yerba blanda para que se revuelquen mis nietecitos. Pocas son mis alegrías, pero con qué ansias las espero; no las cambiaría por todos los dineros del mundo. Ahora, dentro de unos días, me va a nacer otro nietecito, de mi hija la mayor, y ya me relamo de gusto pensando cómo voy a gozar con el pequeñuelo.

La cara de Roque se ilumina dichosa, vuelve a coger la vieja escoba y continúa barriendo, una y otra vez.

(Continuará). JUAN RUIZ PEÑA